



Obra original: Glaucia Nagem – “Falatório 2” / Concepción y arte del cartel: Maurício Simões / Diseño web: Ilana Chaia Finger

Preludio 2

Una práctica sin valor

Sara Rodowicz-Ślusarczyk

Cuando Lacan nos invita a pensar la ética del psicoanálisis en el Seminario VII, comienza nada menos que con un examen metódico de la ética en sí misma. No para refutar sus conceptos, sino para estudiar sus implicaciones y consecuencias. Desde sus observaciones preliminares, indica claramente que, para concebir una ética específica para nuestra práctica, tendremos que emprender un camino tan paradójico como radical. Y los términos que encontramos en este camino son ambiguos, como lo demuestra, además, la afirmación posterior de Lacan: «Una práctica sin valor, eso es lo que debemos instituir»¹. No es casualidad que esta conclusión surja de la comparación de nuestro discurso, el discurso de la interpretación, con la estructura del chiste.

Uno de los primeros términos ambiguos que Lacan señala es antiguo: el mismo que ya planteó Aristóteles, ἦθος [ethos] – ἦθος [êthos]². Una ética no es un ethos, un hábito. O, incluso según el diccionario contemporáneo: el espíritu de una cultura que se manifiesta en actitudes,

¹ Lacan, J. (1976-77) *Libro 29*, L’insu que sait de l’une-bévue s’aile à mourre *El Seminario de Jacques Lacan*. Inédito, lección de 19 abril 1977.

² Lacan, J. (1959-60). Libro 7. La ética del psicoanálisis. *El seminario de Jacques Lacan*. Barcelona, Paidós. Lección del 18 de Noviembre, 1959.

comportamientos, aspiraciones y hábitos. Una distinción que nos invita a reflexionar sobre lo que significa, hoy, para la ética del psicoanalista, «alcanzar la subjetividad de nuestra época». La ética del psicoanálisis consiste en dejar de lado cualquier noción de hábito, bueno o malo³, para estudiar el hábito en sí mismo, si, bajo esta palabra, buscamos lo real del síntoma y de la repetición.

E aquí la radicalidad del camino que se abre ante nosotros: buscar el origen de toda ética, su causa. La primera causa de toda ética es, por tanto, la causa subjetiva: la Cosa, o «lo que, de lo real, padece del significante», del cual el sujeto es efecto. Desde la entrada al lenguaje, a través de los implacables y paradójicos efectos de la demanda, esta causa se manifiesta. Así, la respuesta —y no la solución— es el verdadero dominio de la ética. Incluso si es forzosa, la elección marca una posición frente a la falta: la de la naturaleza irrepresentable del goce y del ser. Este es el fundamento de la ética de todo sujeto, una respuesta que se escabulle en el fantasma y en el delirio. ¿Hasta qué punto puede la ética del psicoanálisis —más que una axiología— intervenir en estas respuestas fundamentales, si el fantasma mismo funciona como axioma del sujeto? ¿Podrían estas éticas singulares ser también las «otras» evocadas en nuestro tema? Es una pregunta que merece ser meditada. Sin embargo, la ética subjetiva no debería reducirse a una «insondable decisión del ser», ni deducirse directamente de la estructura clínica sin volver a caer en la pasión segregadora del diagnóstico.

Una ética del silencio, como señala Sandra Berta, es el lugar donde reside la respuesta que cada análisis reinventa. Pero para el analista, contentarse con quedarse en silencio no basta; no olvidemos que el superyó prospera como discurso sin palabras⁵. El silencio operativo en cuestión, el silencio que cuestiona, que corta, que vacía el espacio de los valores como fines: para apuntar a la causa, la castración. A este respecto, podemos pensar en la observación posterior de Lacan: «La ética es del orden del gesto». Debe hacerse un gesto, una señal de reconocimiento significativa. Y Lacan añade: «Uno hace un gesto y luego se comporta como todos los demás, es decir, como el resto de los canallas»⁶. Un recordatorio contundente de que la ética no es ni un ideal de conducta, ni la coherencia de una postura moral que convertiría al analista en un Alguien.

Instituir una práctica carente de valor es un desafío, dada la facilidad con que la práctica puede desviarse. No se trata simplemente de evitar la reeducación terapéutica, sino también de resistirse al uso de la teoría psicoanalítica para promover ideales, lo que reintroduciría la misma axiología que la ética psicoanalítica rechaza.

La idea de que «la ética del psicoanálisis es la praxis de su teoría»⁷ puede inspirar esta desviación. La sexualidad parece particularmente propicia para ello: ¿quién no ha oído hablar de la promoción de la llamada posición femenina frente a la de la histérica? En cuanto al analista, aquel que «paga con su juicio más íntimo»⁸, ¿podrá desvincularse de este juicio en sus ideales de... sexualidad? Quizás, si pagar no consiste solo en dar, sino también en consentir en perder. Pero la relación de quien posee la teoría psicoanalítica corre el riesgo de acoplarse con un abuso de su posición. Aquella para la que lo que importa es la pérdida del lugar del decir⁹.

³ Lacan, J. O. c.

⁴ Lacan, J. Libro 7, o. c. lección 27 enero 1960, p. 143.

⁵ Lacan, J. (1960-70). Libro 17. El reverso del psicoanálisis. *El seminario de Jacques Lacan*. Buenos Aires, Paidós (1992). Lección del 26 Noviembre 1969.

⁶ Lacan, J. (1972-73). Libro 20. Aun. *El seminario de Jacques Lacan*. Barcelona, Paidós. Lección de 10 abril 1973.

⁷ Lacan, J. (1964-1971). Acto de fundación *Otros Escritos* (pp. 247-259). Buenos Aires: Paidós. p.250

⁸ Lacan, J. (1958). La dirección de la cura y los principios de su poder. *Escritos* (1984). Madrid, Siglo XXI. II: 565-626, p. 567.

⁹ Lacan, J. (1976-77) Libro 29, L'insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourre *El Seminario de Jacques Lacan*. Inédito, lección del 8 febrero de 1977.

Y si la «praxis de la teoría» significa, por el contrario, una constante reinención de la teoría que subyace a nuestras acciones, ¿cómo podemos evitar imponer conceptos teóricos a nuestras intervenciones, lo que nos volvería sordos al sujeto? El propio Freud, un pionero, cometió este error al principio, pero su práctica aún no se había convertido en doctrina.

«¿Qué debo hacer?». El deber del analista es el de interpretar. Y esta es también nuestra ventaja, porque la interpretación no es dominio exclusivo del psicoanalista, ya que el discurso del analizante también da lugar a este diálogo opcional que depende de ambas partes. Un ejemplo revelador: mientras reflexionaba sobre el uso de la teoría durante una sesión, sentí que estaba a punto de decir demasiado, señal de que ya estaba pensando. Una analizante hablaba de la compulsión a que las cosas salieran mal y de la comodidad e incomodidad en su relación. «¿Es cómodo cuando las cosas van mal?», pregunté, reduciéndola a la típica posición histérica. Ella me corrigió de inmediato: “¡Qué incómodo es cuando las cosas van bien!”, expresando así lo que significaba para ella la castración.

Retomo la proposición de Lacan. Como psicoanalistas, no tenemos «nada bello que decir», lo cual podría ser una forma de exaltar las contradicciones para mediarlas. Todo valor tendría también esta función de objetualidad, tendiendo hacia una totalidad. Nuestra manera de «resolver contradicciones» reside en la economía —entendida como la gestión de los recursos disponibles— del significante, en el destello de sus ambigüedades. Encontrar otra resonancia para aquello que sufre a causa del significante. Es precisamente en relación con la economía —evocando la producción de bienes— que Lacan concluye que tendremos que instituir «una práctica sin valor». Lo cual es tan precioso.